

Carta de un lector

Al abrir el proceso editorial No. 111 de la revista, a mediados de 2009, teníamos la intención de enviar a imprenta, al final del año, un número temático sobre una cuestión no poco discutida y casi excesivamente amplia: las relaciones entre *la verdad y el derecho* y *la verdad y la política*. Varios de los artículos publicados en esta edición se ocuparon, de manera más o menos directa, de estas cuestiones. El lector juzgará qué tanto cumplimos nuestro objetivo.

Y bien, en remplazo de la tradicional nota editorial, a continuación será publicada la carta de un lector que se dio a la tarea de divagar sobre la cuestión de *la verdad*. De igual manera, y evitando cualquier clase de presentación que condicione la lectura, quisiera que el lector se hiciera a una idea propia de lo allí escrito.

Octavio Caro

Editor

Con y sin verdades*

Homo omnium rerum mensura est
Protágoras

Puesto que errar es humano, ¿quién no estará equivocado sobre esto o aquello, sobre si yo ayer a medio día he comido sopa o repollo, y sobre cosas innumerables, más insignificantes o más importantes?

G.F. Hegel

* Este escrito no tiene propósito alguno. Se encuentra, intencionalmente, plagado de contradicciones, redundancias y des-identidades.

¿Puede el hombre vivir sin verdades?, ¿sin certeza¹ cuando menos de algo? No lograré, por supuesto, responder estos interrogantes. Tampoco es mi deseo hacerlo, ante todo, tengo por imperativo existencial evitar la fatiga. A lo sumo, procuraré formular más interrogantes que intentos de respuesta. Quizás se me acuse acaso de mi silencio y evasivas, sin embargo, qué puede exigírsele a un mortal si cuando Poncio Pilato le preguntó a Jesús ¿qué es la verdad? (Juan 38:18), nada se le contestó o, al menos, su respuesta no fue documentada. Tal vez, la interpretación más coherente y preservadora del relato sea que la verdad es inasible. Si ello es así, ninguna importancia —en sí carece de ella— tiene lo que yo exprese aquí, puesto que, si la verdad es indecible, lo que se diga de ella es falso, y, además, al igual que todo juicio, errado. Luego, si al referirme a la verdad lo hago mediante falsedades, debo confesar mi culpabilidad.

¿Qué es la verdad? Esta es *la pregunta*. Para Santo Tomás², la verdad consiste en la adecuación de la cosa con el intelecto (*veritas est adaequatio rei et intellectus*). Al cabo que, para San Agustín³, la verdad es la cosa misma (*verum est id quod est*). Jugando con estas ideas, para ¿mí?, la verdad es el intelecto mismo. Esta sería, creo yo, la aplicación que al tema puede hacerse de la reconocida máxima de Protágoras (citada arriba) en el sentido que «el hombre es la medida de todas las cosas: de las que existen como existentes; de las que no existen como no existentes»⁴. Todo lo que ha sido, fue en mí. Todo lo que es, es en mí. Todo lo que será, será en mí. Todo lo demás, es decir, todo lo que no soy yo, empieza, al igual que yo, donde comienzan mis pies y acaba mi cabeza. Debe entenderse, pues no podría ser de otra manera, que el todo incluye la verdad, que es apenas una parte. Por tanto, la verdad, la mentira, los otros, la realidad, la irrealidad... es en mi yo. Para quienes se obstinan en dudar de lo patente, entremos a desarrollarlo un poco más. Si digo: “yo existo”, no cabe la menor duda de que estoy expresando una idea. Toda idea, necesariamente, es en mí. Pues nadie, en su sano juicio, creará que las ideas

1 Obviamente, la certeza y la verdad no son sinónimos. Aquella es creencia de hallarse en posesión de ésta.

2 DE AQUINO, Tomás. Suma de teología I, parte I. (CAPÓ MARTORELL, José y VARIOS, Trad.). 4ª Ed. Madrid: Biblioteca de Autores Cristianos, 2001. p. 225 (q 16. a1).

3 DE HIPONA, Agustín. Obras completas, t I, soliloquios. (CAPANAGA, Victorino, introd.). 2ª Ed. Madrid: Biblioteca de Autores Cristianos, 1950. p. 559.

4 LAERCIO, Diógenes. Vidas y opiniones de los filósofos ilustres. (GARCÍA GUAL, Carlos. Trad.). Madrid: Alianza, 2007. (IX, I) 50 – 56.

vuelan despersonalizadas en el viento o nadan virginalmente en lagunas. De esto se sigue que la verdad, siendo una idea, es en mí. Las ideas, como todos sabemos, se alojan en lo que llamamos intelecto, lo conforman. Ahora bien, si en efecto, la verdad es en mí, también es con y por mí. De todo lo anterior se concluye que el intelecto aloja, acompaña y crea todas las verdades. Así las cosas, al decir: “yo existo” es como si dijera: “los unicornios existen” o que “la suma de los ángulos de todo triángulo es igual a 180°”. Son ideas, verdades que están en mí y por mí. No sólo esto, adicionalmente, es verdad que digo “yo existo” y “los unicornios existen”. Es verdad lo que digo y es verdad que digo. Con todo, siendo estricto y modesto, debo reconocer que en realidad no soy yo quien crea propiamente las verdades, cuando mucho las re-creo. No se puede olvidar lo que se nos dice en Eclesiastés 1:9 «¿Qué es lo que fue? Lo mismo que será. ¿Qué es lo que ha sido hecho? Lo mismo que se hará: y nada hay nuevo debajo del sol». Sin embargo, ello no quiere decir que las verdades no sean en mí y por mí, debido a que, como se dijo, todo lo que fue, es, o será, lo hará en mí.

Me permito recordar que, como se dijo desde un principio, todo lo aquí expresado sobre la verdad es falso. Si es verdadero que es falso, igual sigue siendo falso. En realidad, no sólo es falso, sino, sobre todo, un gimatías.

En verdad, la verdad es un problema. Bueno, en verdad, predicar lo problemático de la verdad es una vil redundancia. Para quienes así no lo estimen, seguramente jamás habrán reparado un segundo en la paradoja del mentiroso. Consiste, burdamente, en lo siguiente. Al expresar: “esta oración es falsa”, estoy creando, casi, un problema astrofísico de proporciones similares al que supone separar el espacio del tiempo. Me explico. Si la oración es verdadera, en tanto en ella se afirma su propia falsedad, entonces, debe concluirse que la oración es falsa. Por su parte, si la oración es falsa, por cuanto en ella se afirma su propia falsedad, entonces, es verdadera. Luego, es imposible partir de la veracidad o falsedad de la oración sin incurrir en una contradicción.

A propósito de contradicciones, que en verdad todo es una, tristemente, debo reconocer que en dos páginas no me he librado de ellas. Ya intenté, juro que sin querer, y, principalmente sin fatigarme, ofrecer una respuesta a los interrogantes iniciales. Ya, impunemente, senté mis verdades.

Intentaré, queriendo, pero sin esforzarme, rectificar el camino. Es preciso, al menos en una época de la vida, vivir sin verdades. La verdad no importa, no cuando se puede vivir sin apelar a ella, no cuando se puede ser escéptico y sobrevivir al sinsentido. En este orden de ideas, frente a cosas verdaderamente apremiantes como la soledad que colma el espacio, la irrisoria eternidad del tiempo, y el esperanzador e ineludible fin, preferí, en su momento, más que la búsqueda infructuosa de verdades, vaciarme ociosamente con dudas existenciales. Existía, sólo eso. Hoy en día no estoy muy convencido de ello, pues, ¿cuenta el hombre con verdades?, ¿se tiene certeza por lo menos de algo? Ahora bien, no sé que es peor, apelar o dejar lo que fue sólo eso. En todo caso, no se olvide que debe evitarse la fatiga...

El lector